Eugénica y tuberculosis

Por el doctor J. VERDES MONTENEGRO

Tisiólogo. De la Sociedad Española de Higiene

Señores:

Parece indudable que la aspiración a reproducirse por el amor en un ser más perfecto, se haya despertado en la humanidad desde el momento en que el objeto erótico se singulariza; y constituye una sublimación del instinto el hecho de esta singularización por la cual deja de ser indiferente la persona con la cual ese instinto se satisface, y se concentra en una sola, aun cuando no sea definitivamente, el anhelo de poseerla.

Recuerdan estos hechos los fenómenos químicos, en los que vemos agruparse los átomos según sus dinamicidades para formar moléculas, verdaderas familias atómicas, las cuales, al contacto con otras, reaccionan a veces, agrupándose sus componentes de modo distinto, sin duda por exigencia de las afinidades electivas, ya que los compuestos que se forman son más estables. La semejanza de estos fenómenos con los que determina el amor en las sociedades humanas es tan grande, que yo hube de publicar hace tiempo la crítica de una novela del gran Galdós, considerando el drama de los personajes como una reacción en la que las apetencias individuales hacían el papel de las dinamicidades de los cuerpos.

La filosofía del amor debe a Schopenhauer y a Stendhal sus capítulos más vibrantes, en los cuales se ahonda en esta singularización. Cuando un hombre y una mujer se gustan, viene a decir el primero, es que ambos tienen la intuición confusa de que, combinadas las cualidades que uno y otro poseen, podría resultar un ser más perfecto. Son interesantísimas del segundo las disquisiciones acerca de los procesos de cristalización y descristalización de la ilusión sexual en dos enamorados, según las incidencias de su trato sean agradables o penosas. Aunque ambos procuren mostrar siempre sus facetas más atractivas, a veces no lo lo-

gran y se producen decepciones; esto es cosa bien humana y no se puede olvidar que el pavo real, que nos deslumbra con su espléndido plumaje, tiene, sin embargo, las patas de pavo común y, algunas veces, inoportunamente, las enseña.

En cambio, cuando Espronceda, en su admirable canto a Teresa, dice

¡Ay! Aquella mujer, tan sólo aquélla,
tanto delirio a realizar alcanza.

se ve bien claro que en el momento que evoca, toda la ilusión erótica del poeta se personifica y encarna en aquella mujer de un modo absoluto; de igual manera que este sentimiento se revela en el "Cantar de los Cantares", donde dice una ardorosa endecha: "Dilectus meus mihi et ego illi". Mi amado es todo para mí y yo soy toda para mi amado.

Estas cosas tan bellas del natural instinto pretende reglamentarlas una ciencia nueva, la Eugenesia, los primeros pasos de la cual venimos siguiendo muchos con viva simpatía por el noble fin que persigue. Como ciencia joven, ha hecho manifestaciones acaso imprudentes, harto ingenuas a veces, harto arrogantes otras, determinando con ello la hostilidad de grandes sectores de opinión. Deben los espíritus comprensivos discúlparlas pensando que la inexperiencia y sus arrogancias e imprudencias son adorables manifestaciones de la envidiada juventud.

Revela su ingenuidad, por ejemplo, la discusión de si se debe o no crear el superhombre, genotipo al que todavía no sabemos cómo llegar. Actúa de perdonavidas cuando declara que no se propone añadir una sección de Herodes a la frondosa burocracia del Estado para acabar con los niños débiles, como en los tiempos antiguos. Irrita, sin provecho para su causa, a muchas gentes cuando ensalza los resultados obtenidos por el hombre en la selección ensayada con los animales. No se ha hecho esa experiencia con un fin eugénico, aspirando a mejorar las especies en sus caracteres intrínsecos, sino con un fin egoísta, produciendo monstruosidades y aberraciones como el del cerdo de veinte arrobas o la vaca de quince azumbres de leche. No son, seguramente, el *supercerdo* ni la *supervaca* esos pobres animales, víctimas de la codicia del hombre.

Es, en fin, una declaración imprudente anunciar que va la Eugenesia a arreglar la especie castrando a unos, encerrando a otros en nosocomios, apelando en los más razonables a la resignación para que se sometan a su dictadura y queden entre nosotros como una especie de redentores Codorníu. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué sabemos nosotros

de los procedimientos futuros de la Eugenesia? En esta edad de los milagros científicos, como la radio y el salvarsán, como la televisión y la insulina, no podemos afirmar de qué manera se procederá mañana para mejorar nuestra especie.

Nos corresponde a cuantos simpatizamos con la Eugénica no plantearnos los últimos problemas más complicados y difíciles, sino estudiar las posibilidades inmediatas más fáciles para mejorar las razas, porque proceder de lo sencillo a lo complicado es la más acreditada norma de trabajo.

Todo cuanto podamos hacer hoy para que las gentes vivan mejor, con más higiene, reducido el esfuerzo en el trabajo, facilitada la vida con la baratura de las subsistencias, pudiendo mirar al porvenir con tranquilidad y confianza, es hacer eugenesia. Lo es también conceder el descanso a la mujer embarazada y defenderla del agotamiento de la maternidad, convenciéndola de que no debe tener más hijos de los que ella pueda dar a luz sin detrimento de su organismo, criar sin agotamiento de sus energías y educar sin la quiebra de sus recursos. Solamente con esto tenemos materia de sobra para más de un plan quinquenal, pues en ese tiempo seguramente no hemos dado solución favorable a todos estos problemas.

En la lucha contra la tuberculosis hemos adelantado mucho sin amenazar a nadie; al contrario, apelando al santo instinto defensor de la vida, factor mucho más decisivo para la acción que la resignación de que se habla y que es, al fin, lo que llamaba Nietzsche la moral de los esclavos. Creemos hoy que prácticamente la tuberculosis no se hereda, pero que se adquiere por contagio, principalmente por los niños y sobre todo si viven con enfermos. Sin embargo, la asistencia a los enfermos es compatible con la conservación de la salud *si hay higiene.* ¿Se puede garantizar hoy esa higiene en casa de un enfermo cuya afección no dura una semana, como, por ejemplo, la pulmonía, sino muchos meses? Evidentemente, no. El matrimonio en ese caso pone en peligro la vida del cónyuge sano y de los hijos, y debilita al enfermo; los cónyuges habrían de estar sujetos a numerosas precauciones; los hijos, si los tenían, habría que separarlos. Para el hombre enfermo es un motivo de agotamiento; para la mujer enferma, la gestación y el parto son dispendios exagerados que arruinan su organismo. No hay hogar posible, y lo mejor es no formarlo.

Difundidas estas ideas, cada día acuden con más frecuencia a nosotros familias que nos consultan sobre el matrimonio de sus hijos, y observamos con más frecuencia también la *descristalización* que produce

en los mismos interesados el panorama posible de su vida ulterior. A medida que la cultura aumenta será menor el número de los que desoigan nuestros consejos, pues las muchachas enfermas, más razonables, son las que principalmente supeditan al consejo médico la resolución de su problema y envían a sus novios para que nos hablen reservadamente. Hace ya tiempo que en un caso de esta naturaleza yo dije a un muchacho que esperase un par de años, pues la enferma estaba casi curada. A pesar de esta promesa alentadora, la *descristalización* se produjo, y años más tarde la muchacha se casó con otro y ha tenido dos hijos sanos, sin que en el hogar haya habido ni un solo momento de preocupación por la salud.

A medida que la higiene extiende su imperio, la frecuencia de los contagios eficaces disminuye y con ella el número de enfermos. La higiene solamente bastó a Inglaterra, con una organización antituberculosa insignificante, para reducir enormemente la mortalidad por tuberculosis a fines del siglo pasado, según demostró en el Congreso de 1901. Esto nos hace confiar en que la tuberculosis llegará un día a desaparecer, como casi ha desaparecido la lepra.

¿Podrá la Eugenesia contribuir a este fin haciendo a nuestra especie refractaria a la tuberculosis? Parece muy posible. La sensibilidad a la tuberculosis es diferente en las familias y vemos castigadas algunas mientras otras parecen indemnes. Claro es que las posibilidades de contagio según el medio en que viven tiene en esta difusión una importancia grande, y complica y oscurece los resultados de las investigaciones. Cuando un enfermo tiene hermanos que hayan padecido la tuberculosis, preguntamos por la suerte de ellos, y si éstos han muerto, tememos por el enfermo, pareciéndonos tales hechos indicios de una resistencia familiar disminuída.

Se ha supuesto que en una familia los miembros de ella que toman grasas en la alimentación enferman con menos frecuencia que los que las rehuyen. Se ha supuesto también que en las familias con un cónyuge enfermo, los hijos que se parecen a éste resisten menos a la enfermedad que los faltos de este parecido. Iguales resultados ha dado el estudio de los gemelos de herencias diferentes, pero también aquí el peligro de confusión de los efectos de estas causas, con las consecuencias de la exposición al cotagio, es muy importante, y se ha hecho observar que basta que sea arisco un niño para que tenga menos facilidad para contagiarse que el apacible y sociable que se deja acariciar por cuantos lo pretenden.

Algo debe existir; pero aún no tenemos de ello una idea clara que nos

decida a la acción. El convencimiento cada vez más grande de que la inmunidad en la tuberculosis es relativa, precaria y con mucha frecuencia insuficiente, ha llevado en estos últimos tiempos a buscar en los factores constitucionales algo que abra esperanza a una posible exaltación por la herencia, de cualidades determinantes de la resistencia a la tuberculosis. ¿Cuales son éstas? Hoy por hoy, hemos de confesar que vivimos rodeados de misterios a cuya sombra tejen las fuerzas naturales los destinos de nuestra vida, y que no tenemos fundamentos para una orientación eugénica del matrimonio en la lucha contra la tuberculosis.